

GUAMACHE

Carlos Stohr

Tinta sobre Papel

2002

Dicen los viejos narradores de cuentos, que muchísimo pero muchísimo tiempo antes de que llegaran los españoles a esta Isla, a la que ellos le quitaron su nombre de Paraguachoa y la pusieron Margarita, para cumplir con las creencias que traían de su región de origen, había un Guaico muy famoso a quién todos los suyos conocían como Guamache.

Que eso de Guamache le venía porque dio la casualidad, que el día que vino al mundo, todos los guamaches estaban floreciditos y los cerros se miraban lindísimos con esa coloración amarillita, lo que hizo pensar a los ancianos que esta estaba frente a un regalo de los Dioses para con el recién nacido y por lo tanto tenían que llamarlo Guamache para no desgraciarlo.

Así se quedó para toda la vida. Pero el muchacho a medida que fue teniendo uso de razón, se fue sintiendo más orgulloso del nombre que llevaba y acercándose cada vez más a los guamaches como atraído por una fuerza superior que lo obligaba a apasionarse por la floración y por el verdor intenso del follaje que mantenían la mayor parte del tiempo.

Una noche cuando deliraba de una fiebre grandísima, que hasta lo lloraron porque creían que se estaba despegando para el otro mundo, tuvo una revelación que le indicaba todos los poderes curativos que tenía la mata que habían escogido para darle su nombre y mandó a que lo bañaran con el agua cocida de sus hojas y raíces, desprendiéndosele la enfermedad y quedando convertido en curandero.

La fama del nuevo "curaco" que aplicaba las hojas frescas del guamache en agua del tinajón para las insolaciones, fritas en enjundias de iguana y cunareques, para las inflamaciones del hígado y demás tumoraciones; la resina cocida con la "mara" para los purgantes y la brea del tronco disuelta en agua de chinchamuchina para las "cuntipaciones" y demás enfermedades del pecho y ordenaba comer el fruto maduro para los malestares del estómago y cocidos para los estreñimientos; darse los baños de sus ramas hervidas con el guatepajarito para las erupciones de la piel y con la tuatúa morada para las maletías, pavas y mabitas; fue volando como un toque de guarura por todos los contornos y metiéndose hasta por los oídos de los más incrédulos para hacerlos creer.

Guamache fue un gran protector de todos los de su raza, por eso al llegarle la hora de su muerte, brotaron hasta de los más insensibles, borbotones de lágrimas, aunque su ausencia no se hizo tan dura, porque había enseñado a todos sus discípulos lo mucho que sabía, para que lo fueran traspasando de generación en generación y pudiera llegar de esta manera hasta nosotros.

Escrito de José Joaquín Salazar Franco "Cheguaco"



*Fundación José Joaquín Salazar Franco
"Cheguaco"*